

XXII.

Bendice, ¡oh tú, que de su diestra pendes,
 Como pupila suya muy amada!,
 El nombre del Perfecto bendecido
 En todo corazón y en toda lengua,
 Del que á par de la luz formó las almas,
 Al primer son de la palabra suya.



CONTESTACION

Á UN FILÓSOFO TOMISTA.

HABRÁ no menos de un año llegó á mis manos un cuaderno en folio, que decía en su cubierta: *Ramillete dedicado á Santo Tomás de Aquino, por los Padres Dominicos del Colegio de Corias*. Recorrí sus páginas con curiosidad, y no fué pequeña mi sorpresa al encontrarme con que el *Ramillete literario en honor de Santo Tomás* no era otra cosa que un *Ramillete* en disfavor de mi humilde persona. En efecto, y dejando aparte otras alusiones menores, van derechamente contra mí, designándome en cada página muchas veces con mi nombre, nada menos que veintidos folios de letra muy menuda, que equivaldrían á cincuenta si se estampasen en el mismo carácter de letra en que está el resto del

010645

Triduo (que también se llama así el *Ramillete* en una segunda portada). Por ningún concepto quisiera yo parecer irreverente con una comunidad religiosa, de la cual debo creer que no se hace responsable de los desahogos literarios de cualquiera de sus individuos. Lo que me contrista es que, habiendo en España tantísimo filsofante, racionalista, krausista, positivista y de otros géneros innumerables, á quienes hubiera sido muy oportuno refutar, contundir y deshacer en obsequio al Ángel de las Escuelas y en celebridad de su fiesta, lo único que se les haya ocurrido á esos hijos de Santo Domingo y hermanos de hábito de Santo Tomás, haya sido clavar en el palo á un escritor conocidamente católico y jugarle á las cañas durante tres días seguidos (*El Triduo*), ni más ni menos que si se tratase del enemigo más pernicioso que tiene la filosofía católica en España.

Al revés yo de estos reverendos Padres, siendo repugnancia no vencible á toda controversia entre católicos, y por eso dejé dormir entre el cúmulo de mis mamotretos el *Ramillete literario*, y durmiendo hubiera seguido, si á *El Siglo Futuro* no le hubiera acomodado, para otros fines, sacarlo á relucir después de un año, y reproducirlo íntegro, supongo que con noticia y aprobación de su autor el P. Fonseca. Ante tan manifiesto anhelo de publicidad y estruendo, no me creo ya obligado al prudente silencio que hasta ahora guardé, y voy á decir muy claro lo que pienso de enorme *factum* impreso en Oviedo.

Entro en esta discusión con una desventaja enorme respecto del P. Fonseca. Él es religioso, y yo tengo que tratarle con las consideraciones debidas á su hábito. Yo soy lego, y él puede impunemente dirigirme reprimendas y amonestaciones ó llenarme de elogios hiperbólicos, que por lo revesado de los términos y por venir de quien muestra no haber leído mis libros, han de tomarse forzosamente por chanza y pesada zumba. Lo único que se ha olvidado antes de lanzarse en el torrente de la declamación, es enterarse de lo que va á impugnar, olvido imperdonable en un escolástico.

Porque conviene que lo sepan mis lectores. El P. Fonseca, que ha escrito cerca de treinta páginas para impugnarme y sacarme á la vergüenza como enemigo de Santo Tomás, no ha leído ninguna de mis obras, no se refiere directamente á ellas, no tiene noticia de las polémicas que he sostenido con Alejandro Pidal y otros tomistas que defendían lo que él defiende, no me ha pedido explicaciones en ninguna forma, no sabe de mí sino lo que dicen los periódicos, y duda él mismo de que yo piense lo que se me atribuye. Y sobre tan liviano fundamento, sobre una frase de un artículo ajeno, literario y medio humorístico, sobre dos líneas de un discurso mío de muy distinta materia y en que no se nombra á Santo Tomás para cosa alguna, se ha escrito este alegato tan descompuesto y tan sañudo. ¿Qué guarda el P. Fonseca para el señor Salmerón, si esto hace con los católicos? ¿A

quién se le juzga y sentencia sin oírle? ¿Soy por ventura un escritor de edades pretéritas, cuyas obras se hayan perdido y cuyas ideas sea preciso reconstruir por fragmentos dispersos? Esta ligereza (no quiero llamarla de otro modo) no puede nacer en el P. Fonseca de animadversión contra mi persona, que no conoce. Otra tiene que ser la causa; pero confieso que no atino con ella. Es tan ligereza, como asentar que no conozco la doctrina de Santo Tomás en sus fuentes. ¿Y por qué? Porque lo que digo de ella, ó él se imagina que digo, no conviene con su parecer acerca de estas materias.

Digo, pues, que he leído más de una vez, con la atención que ella se merece, la parte filosófica de la *Summa Theologica*, y la *Summa contra gentes*, y los *Comentarios á Aristóteles*, y aun otros opúsculos menores, y que algo, aunque menos, he penetrado en la parte puramente teológica, que no era ni es objeto directo de mis estudios. Lo que hay es que yo no he leído ni he podido leer con los mismos ojos que el P. Fonseca las obras de Santo Tomás. Él viste el hábito de la Orden de Predicadores; yo no. Para él la gloria de Santo Tomás es gloria de su casa, y es natural que gloria como la de su casa no la encuentre en el mundo. Probablemente, el primer libro de filosofía que cayó en sus manos, fué algún compendio tomista. Su educación ha sido y ha debido ser claustral. Para él toda ciencia humana está en Santo Tomás, y yo no puedo resignarme á ese exclusivismo. Para él,

Santo Tomás es el filósofo, el teólogo, el único y solo filósofo y teólogo. Para mí es un filósofo y un teólogo grandísimo, pero no el único. Su filosofía es una derivación admirable, sabia y metódica de otra filosofía anterior. La originalidad de Santo Tomás es, ante todo, una originalidad de método, una *congregación de miembros dispersos*, como dice la Encíclica de León XIII, y esto es lo que se olvida á cada paso por tomistas y no tomistas, y lo que á toda costa es preciso inculcar. No me extraña que el P. Fonseca lo olvide, en medio de la prolijidad con que trata otras cosas; pero no podemos olvidarlo los que antes de leer á Santo Tomás hemos leído á Aristóteles.

Evitemos, concediendo á tiempo lo que debe concederse, que venga alguien mañana á probarnos irrespetuosamente que ninguno de los principios filosóficos de Santo Tomás ha sido formulado primeramente por el Santo, sino que todos estaban contenidos, ó en germen ó en desarrollo pleno, en Aristóteles y sus comentaristas, ó en los platónicos, ó en San Agustín, ó en los escolásticos anteriores al Santo.

Yo no he de emplearme en ocupación tan ingrata para todo católico. Además, el tiempo no está para divisiones, y me ata las manos la Encíclica *Aeterni Patris*, aunque, por otra parte, no se ha de olvidar que lo que allí se dice es consejo y no precepto; pues, como advierte muy discretamente el P. Fonseca, y yo he de dejarlo consignado aquí para desengaño de necios:

« Aunque no estamos conformes en el terreno de las ciencias filosóficas, la divergencia que existe en este punto no afecta esencialmente á la doctrina de la comunión católica ».

Podemos, pues, hablar con entera libertad acerca de este punto, aunque yo, por mi gusto, no hubiera hablado, ni hablaré nunca, sino provocado (como lo soy ahora con tan terca insistencia), porque no quiero aparecer á los ojos del vulgo como insurrecto y rebelado contra las palabras de Roma, por más que éstas no entrañen en el caso presente afirmación ni condena- ción dogmática; en cuyo caso yo sería el primero en reconocer mi error y callarme, dejando á mis contrarios, religiosos ó no religiosos, que se cebasen á su placer en mi nombre.

Aparte de los dos ó tres puntos en que el P. Fonseca me combate directamente, apunta en su ingente alegato otros dos ó tres reparos, que, como no se apoyan en razón alguna de peso, fá- cilmente pueden dejarse á un lado. Así, v. gr., le asombra que se hable de conciliación entre Pla- tón y Aristóteles, como si no fuera idéntico al mío el unánime sentir de la crítica moderna, que, estudiando estos filósofos derechamente en su len- gua y en sus textos depurados y aquilatados por la ciencia filológica, ha venido á resolver muchas de esas oposiciones aparentes, y á mostrar que el sistema ideológico y cosmológico de Aristóte- les, en vez de ser una contradicción respecto del de su maestro, no es sino un desarrollo parcial é incompleto del mismo, aunque Aristóteles, ce-

gado por la ambición de ser cabeza de secta, se empeñase en aparentar lo contrario, zahiriendo las ideas de su maestro siempre que las encontra- ba á mano, sin dejar entretanto de aprove- charse de ellas. Y que la contradicción no debe de ser tan radical como se supone, bien lo prueba la escolástica misma, que, con ser filosofía pre- dominantemente aristotélica, encierra un ele- mento platónico muy poderoso y muy esencial, que ni disuena ni riñe con los principios del Estagirita. No hay que pararse en la corteza: Aristóteles, que tanto maltrata á Platón, es quien más le explota: Luis Vives, que tanto maldice de Aristóteles, toma de él cuanto le viene en talante.

En esta cuestión es casi imposible que el Pa- dre Fonseca y yo nos entendamos. Su Aristó- teles es muy distinto del Aristóteles mío. El suyo es el tradicional, el que leía Santo Tomás, el que se leía en las escuelas; y ya es sabido que, para los escolásticos, Platón y Aristóteles eran á modo de dos gallos ingleses envueltos en con- tinua pelea. Pero hoy, ¿quién niega que *Aristó- teles depende estrictamente de Platón*, como ha di- cho el docto alemán Lange en su *Historia del Materialismo*? De tal modo, que sin conocer antes á Platón, no se comprendería ni poco ni mucho la doctrina de Aristóteles (del verdadero Aristóteles hablo). Aristóteles es un platónico rebelde, pero nunca niega la escuela de donde viene. Y no persista el P. Fonseca en el desven- turado empeño de imaginarse que él sólo está

familiarizado con las obras de estos filósofos, pues hay muchos filósofos independientes que los conocen bien, y yo mismo, que no paso de estudiante, puedo manejarlas, gracias á Dios, á todas horas, en su fuente pura y en sus textos más acrisolados, sin tener que pedir limosna á Guillermo de Moerbeka, ni siquiera al Cardenal Bessarion. Y no es jactancia mía, pues no hay mediano alumno de Universidad en Inglaterra ó en Alemania que no pueda hoy hacer lo mismo y tener un conocimiento más directo y seguro de Aristóteles y de Platón que el que alcanzaban los doctores escolásticos.

Otra cosa me ha sorprendido mucho en el escrito del P. Fonseca, y es la apología que en él se hace de Donoso Cortés contra el cargo de *escéptico y tradicionalista* que yo le he dirigido. ¡Un tomista defendiendo á Donoso! Lo veo, y no acabo de creerlo. Todo lo que el P. Fonseca dice en loor suyo sentaría muy bien en boca de un periodista que sólo apreciara en Donoso al hombre político; pero no tiene disculpa en labios de un filósofo, para quien las palabras *escéptico y tradicionalista* deben de tener un sentido muy diverso que para el vulgo. Al hombre que niega las fuerzas naturales de la razón humana y dice que la razón ama al absurdo *con amor invencible*, y que se va amorosamente detrás de él como detrás del hijo de sus entrañas, y que entre la razón y el error hay *parentesco estrechísimo*, se le llama en todas las escuelas de filosofía del mundo *escéptico*, lo mismo que á Francisco Sánchez ó á Sexto Em-

pírico ó á David Hume. Y al que huyendo de las consecuencias de este escepticismo se refugia en la *tradicón* y en la enseñanza que de Dios recibió por ciencia infusa Adán, y de Adán toda su progenie, se le llama asimismo en todas partes *tradicionalista*. Y el tomista que defiende este escepticismo y este tradicionalismo, deja, *ipso facto*, de ser discípulo del Angélico Doctor, y cae de plano en un yerro ideológico, sobre el cual Roma ha hablado bastante claro en documentos que el P. Fonseca sabe de memoria, pero que en esta ocasión, á trueque de llevarme la contra por proposiciones menos graves que las de Donoso, parece haber echado en olvido.

Preocupado el P. Fonseca con su Santo Tomás, fíngese por todas partes malandrines y sofistas que le combaten, á quienes él desde su celda va derribando y *trucidando*. El mayor de estos malandrines soy yo, porque dije en mi discurso de entrada en la Academia que «toda la filosofía española del siglo xvi, sobre todo la no escolástica é independiente, está marcada con el sello del psicologismo, desde que Luis Vives, en su tratado *De anima et vita*, anticipándose á cartesianos y á escoceses, volvió por los fueros de la silenciosa experiencia de cada cual dentro de sí mismo (*tacita cognitio... experientia cujuslibet intra se ipsum*)». Nada ha inflamado tanto la santa cólera del P. Fonseca como estas palabras.

Ahora bien: ¿podrá el más lince descubrir en ellas el más leve ataque á la doctrina de Santo

Tomás? En todo pensaba yo menos en el Doctor Angélico cuando las escribí. El que sea ó deje de ser psicológica nuestra filosofía del siglo xvi, ¿qué quita ni pone á la ciencia de Santo Tomás? El que Santo Tomás sea también psicólogo, verdad que yo no niego, y para demostrarme la cual gasta el P. Fonseca diez ó doce folios muy colmados, ¿en qué obsta á que lo fuesen también los españoles del siglo xvi? ¿Dónde digo yo que ellos inventasen la psicología? Lo único que digo es que los tratados *De anima* constituyen una de las secciones más ricas de nuestra literatura filosófica. Si esto es así, como yo lo creo, y lo demostraré cuando sea preciso; si además conviene todo el mundo, así creyentes como racionalistas, en que puede sacarse inagotable venero de ciencia psicológica de nuestros libros místicos, bien puedo afirmar yo el carácter predominantemente psicológico de nuestra ciencia del siglo xvi sin incurrir en las iras del P. Fonseca ni de ningún otro idólatra de Santo Tomás.

Yo que siempre lamento todo trabajo baldío (como el que ahora estoy haciendo), no puedo menos de lastimarme de que el P. Fonseca se haya creído obligado, para desagraviar á Santo Tomás de ofensas soñadas, á echarme encima todos los corpulentos infolios de las obras del Santo, en forma de cincuenta y tantas citas, unas *in extensum* y otras no más que indicadas, con designación de cuestiones y artículos, todo para probarme que Santo Tomás tenía noticia de la *introspección* ó

reflexión (y ciertamente que no se necesitaba ser Santo Tomás para conocer verdad tan obvia), y que también sabía que el entendimiento se conoce á sí mismo, y que hay un conocimiento experimental de los fenómenos internos. Pero nada de esto es *formular los principios del método psicológico*, sino apuntar de pasada, y tratando de materia muy distinta, un hecho de conciencia, trivial y evidéntísimo para todo hombre que esté despierto. Lo mismo que conoció Santo Tomás en este punto, lo habían conocido todos los filósofos anteriores, y lo conocen y practican todos los hombres, dándose cuenta más ó menos clara de ello. Cuando Santo Tomás dice que «el entendimiento humano entiende su propio entender y por el acto conoce la potencia inteligible», no hace más que repetir un lugar común filosófico, que ha entrado en el saber vulgar desde remotísimas edades.

No ha estado feliz el P. Fonseca en la mayor parte de las innumerables citas de Santo Tomás que me arroja á la cara. Hay ciertamente mucha y muy profunda psicología en el Santo; pero no ha de buscarse en esas generalidades vagas, sino en la aplicación, en los pormenores, en mil observaciones agudísimas esparcidas acá y allá en sus tratados, sobre todo en los «de los actos humanos, de las pasiones, los hábitos, virtudes y vicios». Allí está la verdadera psicología de Santo Tomás, y allí puede espigar mucho más la ciencia que entre los *fantasmas y las especies inteligibles*.

Pero todo esto en Santo Tomás no constituye una ciencia aparte, como empezó á serlo la psicología experimental desde el siglo xvi; no constituye el método *único* para la observación de los fenómenos internos, no constituye siquiera el método primero; está subordinado á principios de la esfera ontológica, y aparece á la continua como humilde sirviente del razonamiento deductivo, ya para traerle datos y armas, ya para comprobarle ó reforzarle, y aun estos mismos datos experimentales suelen interpretarse con arreglo á un sistema sobre los modos del conocimiento, que ciertamente no había sido aprendido por experiencia psicológica.

La psicología de que yo hablo, y que aquí no apruebo ni repruebo, pero que desde luego me parece incompleta, existe desde el siglo xvi, con plena y absoluta independencia, como ciencia aparte, que comenzó (el P. Fonseca lo confiesa) por dar de mano al procedimiento silogístico, y continuó declarando que la experiencia interna era, no uno de tantos criterios, sino el único criterio en cuestiones psicológicas; que poco importaba discurrir sobre la esencia del alma, cuando no se conocían sus operaciones, y, finalmente, que, antes de silogizar, era preciso observar mucho, con *conocimiento tácito*, encerrándose cada cual dentro de sí mismo. De esta escuela, buena ó mala, que es (con vacilaciones eclécticas) la del gran filósofo de Valencia (á quien el P. Fonseca llama insolente y grosero, sin duda porque no adoraba como dog-

mas todas las opiniones de los peripatéticos, y porque aconsejaba el estudio de la naturaleza en sí misma, mejor que en Aristóteles y en Santo Tomás), y es de un modo más resuelto la de Gomez Pereyra, la de los escoceses y la de los psicólogos ingleses modernos; de esta filosofía, en suma, de lo relativo, de lo *condicionado*, como la llamaba Hamilton, yo no soy partidario ni enemigo ciego. Creo que la mayor parte de sus resultados, como adquiridos que son por vía experimental, deben entrar en la ciencia; pero no creo, ni he imaginado nunca, que á esas observaciones y á esos análisis haya de reducirse la filosofía, y tengo por temeraria y ciega presunción la de aquellos pensadores del otro lado del Canal de la Mancha, que, no viendo ni en el mundo externo ni en el mundo interno otra cosa que hechos, abandonan toda investigación de los principios y de las esencias, mutilan el espíritu humano de sus facultades más altas y preciosas, y niegan el mundo ontológico ó le declaran inaccesible al entendimiento humano, porque sus mezquinos medios de experimentación no alcanzan hasta él.

Pero esta ciencia experimental, para quien el conocimiento *directo* es un *hecho*, cuya esencia no se pretende investigar; *esta ciencia* que no admite ni *especies inteligibles* ni nada que *huela á representación* ó fantasmagoría; esta ciencia, que fué la de Reid, la de Dugald Stewart y la de Hamilton, no tiene precedentes en Santo Tomás, no puede tenerlos; y los tiene, por el contrario, evi-

dentes, clarísimos, en varios filósofos españoles é italianos del siglo xvi, y con más energía que en otro alguno, en Gómez Pereyra. El filósofo de Edimburgo la llamaba *docta ignorantia*; siglos antes la había llamado un español *ars nesciendi*.

Dígase en buena hora que esa especie de psicología es rastrera; dígase que es una ciencia voluntariamente castrada (perdónese lo brutal de la frase); pero no se diga que es hija de Santo Tomás, á menos de suponer que las obras del Angélico Doctor son un tejido de contradicciones, y su nombre un pabellón que puede cobijar, en caso de guerra, á los mismos positivistas. ¿Ve el P. Fonseca hasta dónde le puede arrastrar su empeño de compendiar en Santo Tomás toda la especulación humana? Yo no soy positivista ni enemigo de la metafísica; pero quiero que antes de impugnarme se penetre el verdadero significado de mis palabras. Mi discurso académico nada tenía que ver con Santo Tomás. Tuve que explicar, de paso, el fenómeno de la grande importancia que suelen conceder á la observación interna nuestros místicos (á diferencia, v. gr., del carácter ontológico á que propende la mística alemana del siglo xiv); y creí encontrarle en el carácter asimismo psicológico que tienen otras producciones filosóficas de españoles independientes de aquellos días. Quizá acerté, quizá erré, y el error sería disculpable en materia tan poco trillada, porque ahora es cuando comenzamos á entender algo de nuestra ciencia, sobre todo de la no escolástica, que los escolás-

ticos puros procuraron sepultar en el olvido, tratándola con la misma inquina y despego que hoy manifiesta el P. Fonseca á Vives y á Gómez Pereyra, hasta llamarlos *presuntuosos y petulantes*.

Pero acertara yo ó errara, jamás entendí negar, antes creo firmemente que Santo Tomás fué tan profundo psicólogo como consumado en todas las demás partes de la filosofía, así como por la misma razón creo que fué gran psicólogo Aristóteles, y que muchísima psicología, de la más provechosa, se le alcanzó á Marco Aurelio, que no hizo en su vida otra cosa que el análisis y examen de conciencia de sus actos y pensamientos más recónditos; y, finalmente, que también sabían algo de psicología San Agustín y Mamerto Claudiano, el de *Statu animae*, y nuestro obispo Liciniano, y otros, y otros. No se empeñen los Dominicos en llevárselo todo á casa, que antes de venir Santo Tomás al mundo, ya había caído la gente en que era gran cosa conocerse á sí mismo (ya lo dijeron los oráculos griegos) y hacer inquisición de los propios actos, analizando las operaciones de la mente.

No menos extraña ocurrencia es atribuir á Santo Tomás el descubrimiento de la inducción baconiana. Como el P. Fonseca no trata este punto expofeso, sino al soslayo, me limitaré á decir que pertenezco al número de los *inconsistentes*, que creen que Santo Tomás no adelantó en esto de la inducción sobre lo que Aristóteles le había enseñado, y que Aristóteles, aunque conoció la inducción como todo ser racional, y la

aplicó maravillosamente á las ciencias naturales, á la política y á la teoría del arte, en su lógica la relegó á muy secundario lugar, y no la estudió con el mismo amor que el silogismo, ni fijó los cánones del método de invención, mérito que estaba reservado á Bacon, precedido en la Edad Media por el otro Bacon franciscano, y en el Renacimiento por el gran Vives, por Telesio y por otros italianos. Y aunque sea hoy moda decir mil afrentas de Bacon, á título de fautor del positivismo, yo creo que á cada uno debe darse lo suyo, y que el procedimiento inductivo no es malo cuando rectamente se aplica á sus naturales objetos. Lo malo es el exclusivismo y el abuso.

En cuanto á las especies inteligibles de que luego habla el P. Fonseca, es para mí cosa indudable que han desaparecido de la ciencia mucho tiempo hace, pues sólo en los libros de los escolásticos se conservan, y aun entre los mismos escolásticos, muchos nominalistas, como Durando y Occam, las ponían en tela de juicio, afirmando que *no se habian de multiplicar los entes sin necesidad*. Desde Gómez Pereyra acá, apenas hay filósofo no escolástico de alguna talla que las defienda. Los cartesianos las rechazaban, aunque admitiesen otra manera de *representación*. Sólo Malebranche tímidamente las propugna. Los escoceses han defendido siempre el conocimiento directo, cuya afirmación era á principios de este siglo más necesaria que nunca para defenderse de los idealismos alemanes.

En este punto (lo confieso) soy anti-escolástico intransigente, y los silogismos no me convencen. Las *especies inteligibles*, las *representaciones*, los *fantasmas*, y todo lo que á esto diga relación, me parecen abstracciones y quimeras idealizadas. Ese *realismo hipotético* no resuelve nada, no sirve para nada, no aclara el enigma insoluble del conocimiento. Satisfaciéndose con una palabra sonora, nos deja tan á oscuras como lo está un rústico antes de estudiar filosofía, y por salvar una dificultad, crea otra más grave, lanzándonos en pleno escepticismo. ¿Quién me responde del valor de estas representaciones intelectuales ni de su semejanza con los objetos? Ni es exacto, como dice el P. Fonseca, que para salvarse de esa legión de fantasmas, tan inútil como enfadosa, sea preciso recurrir á las ideas innatas, ni á la visión en Dios, ni á los demás sueños de los ontologistas. Hay otro sistema muy claro, muy sencillo, que consiste en afirmar el hecho del conocimiento y la distinción del sujeto y el objeto, única cosa de que la experiencia nos informa, y confesar que no sabemos una palabra más ni la sabremos nunca, y que todo ese aparato de ideas *expresas é impresas* sólo oculta un *Ignorabimus* eterno.

En esto soy escocés y hamiltoniano hasta los tuétanos, y considero el sistema de la representación como una verdadera pesadilla, de que los mismos escolásticos llegarán á librarse con el tiempo, si su filosofía triunfa y llega á domi-

nar de nuevo en las escuelas, como yo sinceramente lo deseo.

Ahora, si convenimos en que la especie inteligible «se identifica con el mismo acto de entender», como parece admitir el P. Fonseca, fácil sería entendernos; sólo que entonces sobra la *especie*, y volvemos al conocimiento directo. Déjeme seguir con él el P. Fonseca, como yo le dejo seguir con sus especies, y déjenme, á lo menos, los tomistas este resquicio de libertad intelectual que reivindicó aquí formalmente, no por alarde, como cree el P. Fonseca, ni mucho menos por trocar un yugo por otro, puesto que mis maestros inmediatos son experimentalistas ó eclécticos, con cierto eclecticismo á la española; gente, en suma, que nunca pensó en imponer yugo ni soberanía intelectual, ni quiso que á sus palabras se diese más autoridad que la que les prestase la razón y la experiencia. No por alarde, digo, sino por necesidad imperiosa de mi pensamiento, que, sin duda por ser de corto vuelo, no alcanza todas las trascendencias de la ciencia escolástica; pero que, tal cual sea, tampoco consiente en someterse dócil á lo que le repugna ó á lo que no comprende.

Esta carta se dirige al P. Fonseca, y no á ninguno de sus oficiosos editores y apologistas.

En otra carta, titulada *Instaurare omnia in Christo*, que dirigí en 1880 á D. Alejandro Pidal, acérrimo partidario de las mismas doctrinas que el P. Fonseca, se hallará lo que falté en ésta. Espero de la buena fe del entusiasta Dominico

que ha de dar su verdadero valor á mis palabras, recordando siempre aquella nota que estampé en la página 455 de *La Ciencia Española*¹: «Como me precio de católico sincero, sin ambages ni restricciones mentales, y quizá en ésta y otras cartas, donde hablo de la escolástica y de Santo Tomás, se me haya deslizado alguna frase poco exacta ó que suene á irreverencia..... desde luego retiro tales palabras, y las doy por no dichas, á lo menos en ese sentido, sin que esto obste en nada á la libertad que tengo y deseo conservar íntegra en todas las materias opinables de ciencia y arte, al modo de aquellos españoles de otros tiempos, cuyas huellas, aunque de lejos y *longo intervallo*, procuro seguir, *no cautivando mi entendimiento sino en las cosas que son de fe.*»

¹ Segunda edición.

